

Actos del Colegio

LA PROCESION DEL CORPUS

Exígesese verdadero sentido de colorista para darle a la pasada procesión de Corpus sus merecidos relieves. Ocho años llevamos viviéndola en Bogotá, y nunca habían presenciado nuestros ojos solemnidad de mayores creces. El Dios cuya grandeza torna exiguos los mayores homenajes, atiéndala con mirada de bendición el que tan ardentemente le tributara la catolicidad capitalina y prémie con su asistencia paternal a los organizadores de la fiesta!

No es reseña lo que intentamos, presentaremos tan sólo brochazos, toscos pero palpitanes, del soberbio desfile eucarístico ante el que hemos sentido vivir nuestro catolicismo, dilatarse, conmovirse con misteriosas alteraciones. Bien cabe tanta ceremonia en el país nuestro que un día se brindara todo como siervo del Creador.

Un gran grito suena, retumba y abraza los espacios: es el SURGE del Cántico de los Cánticos que desciende de las alturas, se clava en las torres de las iglesias y revienta en jubilo tañer de campanas; que irradia su piadoso entusiasmo, llama al buen gusto de los ciudadanos y engalana de flores los frentes de las mansiones; que penetra el fervor de las almas, las llena de su vida y saca

a la calle las innumerables y devotas multitudes. Es el PROPERA que pone en acción los estímulos católicos y agujonea la religiosidad adormilada.

El paso de la procesión, desde la Catedral hasta la Capilla del Rosario, fue un camino felicísimo, ancho él y abundante de piedad sincera, camino cuajado de pueblo, en un decir bíblico, camino tan grato al Cielo que quiso fuera la senda por donde avanzara aquella tarde en triunfal desfile su Rey de Paz y Majestad. Y, ante el acatamiento del sumo Señor, se derritieron como cera todos los poderes, para hablar con David, y se humilló ante El la ciudad entera, ET LOETATA EST SION, y, gozando, gozó en el día de sus amores, y el júbilo fue amplísimo, no habiendo qué distrajera su expresión. El alborozo no tan sólo era del alma, que también de la boca y de la lengua, sueltas en las divinas alabanzas. VENIENTES AUTEM, VENIENT CUM EXULTATIONE, PORTANTES MANIPULOS SUOS.

Y allá marchan los fieles, el corazón palpitante de ardores, los rostros tocados de devoción, los labios rebosantes de plegarias, el pecho hinchado de himnos, el andar acompasado de recogimiento. COMEDITE, AMICI, ET INEBRIAMINI, CHARISSIMI. Si, satisfaced el hambre

que habéis tenido de honrarme y henchid los vacíos con todo el alcance de vuestra fe.

Salida de la Catedral la procesión, el Pan de los Angeles halló su primer repositorio en el Colegio del Rosario. Así lo ordena, por desición de Fray Cristóbal de Torres, un viejo ritual de tradición que, interrumpido en cinco lustros, le recobró su vigor, hace cuatro años, una determinación del Venerable Capitulo Metropolitano. Las mismas velas de a seis reales lucieron en manos de los estudiantes; fueron los Colegiales quienes, tomando las varas del dosel, acompañaron hasta el Monumento al Santísimo; el señor Rector con sus atavíos de rigor, salió al encuentro de la custodia y, otra vez los Consiliarios, provistos de incensarios, prodigaron a la Eucaristía continuados zahumerios.

Para alcanzar la calle 14, la procesión, como en otros tiempos, hubo de seguir por el corredor sur del Colegio. La casa era un mundo de armonías que de todas partes brotaban en tributo a Dios-Hostia. Se amplificaban en el vasto cuadrado del Instituto, abierto en la magnitud de su grandeza; se combinaban en las sucesivas voces de reverencia que sus arcadas van repitiendo; respiraban amor en los muros ocre, mansísimo remedo del fuego, y las ancianas baldosas, ecos de un remoto pretérito, entonaban su humildad rendida en sordo repiqueteo de pasos que el cortejo iba arrancando. Poblada de palmas, de arbustos y festones, la clara

galería vivía una luz de penumbra, apta para destacar con más favores las circunstancias del desfile: el apacible llamear de los cirios que, a lado y lado, portaban los rosaristas; el abigarrado uniforme de la guardia militar; la blanca fila de clérigos, revestidos con sus roquetes; el oro marchito de las capas pluviales; el enojado brillo del palio bajo el que Cristo hace su paso de amor. Dijérase aquello una tabla de Van Eyck, con energía de dibujos que superen las semiobscuridades del ambiente. ¡Qué magnífico tránsito ese! El claustro secular fortalece sus excelencias: por su pasillo ha atravesado El que acompañó sus albores, ha iluminado su vida y ennoblece su espíritu a cada hora, El a quien mandó amar el Fundador de corazón y de entendimiento. SUB UMBRA ILLIUS QUEM DESIDERAVERAM, SEDI.

Y continúa la marcha. Cuadras llena ya el séquito que adelanta ordenadamente ofrendando a la Divinidad con dádivas copiosas de cristianismo. Todas las virtudes han aportado sus tributos, robustos como las masas que los representan. Aquí con Salomón y sus palabras: QUID VIDEBIS IN SULAMITE, NISI CHOROS CASTRORUM? Son ellos los escuadrones del bien que marchan poseídos de Cristo: la abnegación y la buena caridad en las huestes del Padre Campoamor, apóstol, él sí, del desválido y del hermano; la ternura en las religiosas de los Pobres, mártires del sacrificio y del amor; el heroísmo

en las hijas de San Vicente y en las Hermanas de la Presentación; el altruismo sin par del denodado misionero, mísero para el mundo pero carísimo al Cielo cuyo reino conquista; el tesón indomable del institutor verdadero, de labor tan sin gratitudes pero de imponderables beneficios. Es el franciscano de sayal simpático, el capuchino de venerable barba, el jesuita de ascética presencia, el redentorista de inconfundible aspecto. Ya los colegios han pasado en interminables ejércitos y han estampado en el acto su candor, su hermosura y su carnación de vida. Vienen ahora las monjas, esas mujeres beneméritas que, bajo el silencio de sus claustros, oran y oran por sus semejantes, mientras la humanidad las ignora. Las dominicanas con sus trajes blancos, las betlehemitas de prolongadas tocas, las deificadoras, fundación tan colombiana y de tan singulares títulos. Todas avanzan en tropa, dueñas de pebeteros fragantes y, en la confusión de los colores de sus hábitos, ofrecen los contrastes más admirables, dignos, sin duda, de algún artista flamenco.

Atrás, muy atrás, camina el Seminario, las esperanzas militares de la Iglesia, que tantas impresiones despiertan, que tantas esperanzas brindan y que

tan incomprendidas aparecen de quienes jamás ahondan en el significado de sus destinos. Por incomprensión sí, muchos emigran de sus filas, otros las temen e incontables las desprecian. Mas, **ELEGIT EAM DEUS ET PRAEELEGIT EAM IN TABERNACULO SUO HABITARE FACIT EAM.**

Y el Santísimo prosigue andando, pobre en sus apariencias pero soberano para hacer poner en tierra todas las rodillas. El Dios del Cielo recorre las calles bogotanas recibiendo la adoración de los creyentes y el silencio respetuoso de los que le niegan por ignorar su belleza. Lo corteja el cuerpo de Canónigos, fórmale calle de honor el clero secular y reposa, encerrado en oro, en las propias manos del Arzobispo Coadjutor, virtuosísimo prelado, de mansa fisonomía y rígida piedad.

En ese día de Corpus Bogotá era una santa Sión, dilatada y creyente, edificada por Dios para morada suya, en cuyas puertas fortaleció las cerraduras, en cuyos confines extendió su protección, a cuyos hijos bendijó y hartó con el pan soberano de su amor. **CONFITEBOR TIBI, QUIA TERRIBILITER MAGNIFICATUS ES MIRABILIA OPERA TUA**, exclamaremos, para terminar, con el Rey Profeta.

Alfredo Delgado Plaza